

CAPITULO XIII.

En que el autor pone un intermedio de su cosecha, el cual puede suprimirse sin dificultad, y que careciendo de relaciones con los demás incidentes, acaso es la clave de todos.

Parece á primera vista que el sentimiento mas vivo en nosotros debiera ser el sentimiento de la naturaleza. Parece que todo cuanto nos circunda debia despartar en el pecho emociones y en la mente ideas, las cuales se lanzaran sobre las cosas externas á extraer su quinta esencia, de la misma suerte que se lanzan sobre las flores las abejas á extraer su miel. La poesía, como la elocuencia, es la idea vivamente sentida y expresada con hermosura. No basta para ser poeta tener ideas, pues tambien las tiene el sabio, el naturalista, el matemático; se necesita tenerlas en el corazon, es decir, sentir las con esa profundidad del sentimiento artístico en que refluyen los sentimientos generales humanos, y encarnarlas en formas bellisimas y próximas al ideal de toda perfeccion. Hay muchos seres humanos, muchísimos, que no sienten la naturaleza, que no se extasían en la contemplacion de los cielos, que no se recrean con la voz de los mares, que no gozan con los cuadros trazados por la luz y las sombras en los crepúsculos, que no admiran la palmera elevándose sobre los granados y los naranjales en horizontes encendidos por el calor, ni el lago medio envuelto entre neblinas, repitiendo al pié de los Alpes las diamantinas crestas de nieve, y los negros pinos y abetos y abedules de sus tranquilas orillas. Siempre recordaré una tarde en que contemplábamos la puesta del sol allá por los alrededores de Ginebra. Caían las sombras sobre la oscura ciudad con majestuosa tristeza. El Lemán, semejante á una miniatura del mar, reverberaba en sus aguas los

últimos resplandores del dia, llenos de reflejos que parecen religiosos, porque despiertan con su tristeza la idea religiosa por excelencia, la idea de la muerte. Las sombras ennegrecían todo aquello que es sombrío de suyo, como los bosques, y no acertaban á envolver los edificios cuyas líneas tomaban en el suelo cierta transparencia, semejante á la que toman las doradas y argentadas nubes sobre el ocaso. A nuestra derecha, la uniforme cordillera del Jura, tras la cual se habia ocultado el sol, ofrecia por su color celeste toques dignos de los venecianos cristales, y á nuestra izquierda, cuando ya la noche avanzaba por lo profundo, allá en las alturas, resplandecían las cimas del Monte-Blanco y sus nieves eternas con arreboles que, ora se extremaban hasta llegar á la encendida púrpura, ora se desvanecían hasta perderse en tintas rosas, como si fuera la montaña gigantezco astro de varios y cambiantes aspectos. Todos estábamos extasiados á la puerta de una cabaña alpestre, donde oíamos la esquila del ganado recordándonos los idilios, y la campana de la oracion recordándonos las tragedias de esta vida. Todos estábamos extasiados he dicho, y he dicho mal, todos menos uno, que ni veía ni oía nada de cuanto veíamos y oíamos los demás, atribuyendo, cual si estuviera ciego, los espectáculos que sus ojos debían ver con toda claridad, á creaciones arbitrarias de nuestra fantasía.

Pero ¿cómo hablar de individuos, cuando tenemos épocas enteras en que el sentimiento de la naturaleza ó se pierde ó se pervierte? Imposible olvidar aquellos cuadros gigantescos y aquellos frescos esculturales en que solamente se ven las líneas de la forma humana, como si la humanidad viviera en los espacios desiertos. Imposible olvidar aquellos poemas en que se sustituye á la naturaleza viviente, la naturaleza poblada de una mitología, cuyas fábulas, habiendo desaparecido de la fé universal, no tienen ni realidad ni vida. El ingenio humano cegaba así una fuente perenne de ideas y de emociones bellisimas. El ingenio humano se iba en pos de lo artificioso, y á la manera de un mal pintor, copiaba el maniquí de su estudio, el maniquí de trapos, en vez de abrazar la eterna realidad y anegarse en sus océanos de vida. ¡Cuán horrible seria, de poderse realizar, aquel bosque soñado por uno de los poetas mayores del siglo décimo-sexto en que los troncos de los árboles se componen de humanos cuerpos! A esa obra del arte, que debiera superar la naturaleza, preferirá el sentido comun los altos árboles mecidos por el viento, la resina y la goma que por los troncos fluye, el recorte de las hojas festoneadas de luz y repetidas y dibujadas por las sombras en el mullido suelo; la monótona vibracion y los brillantísimos cambiantes de los zumbadores y de los pintados insectos; el serpentear y el correr de las aguas entre las frescas yerbas; los aromas y las esencias de verdadero bosque. Pero no extrañemos los seculares errores de esta pobre humanidad, que anda á tientas por el universo, como si anduviera á oscu-

ras. ¿Cuántos siglos no pasó buscando la base de la ciencia en todas partes, menos donde realmente estaba, menos en lo interior de su ser, menos en la conciencia? No debe extrañarnos pues, que el arte haya desconocido la naturaleza, cuando el hombre ha desconocido al hombre.

Y sin embargo, nada hay tan hermoso como la primera luz desvaneciéndose las sombras, quebrando sus rayos en la atmósfera, produciendo alboradas y auroras, del color de los ópalos, que despiertan á todos los seres y arrancan su coro de gorgoros á los pájaros que se levantan hácia las alturas animadas de purísimas esperanzas y sonrosadas ilusiones, como el alma y las mejillas de una vírgen á quien conmueve y sonroja el pudoroso rubor de los primeros amores. Y no quiero encarecer la salida del sol con todos sus arboles reflejados en las gotas de rocío que tiemblan por las hojas de la fresca yerba, ni la noche cargada de estrellas; ni los reflejos de las auroras boreales semejantes á incendios de los aires; ni las varias formas de las nubes errantes; ni la extension del mar azul con sus ondas que palpitan, con sus espumas que hierven, con sus estelas que brillan, como si fueran gérmenes de mundos, con sus algas y sus caracoles que embellecen las orillas, con sus brisas que cantan como la sublime voz de lo infinito.

No me habéis de aquellas edades en que apenas sentía el alma humana los encantos de la naturaleza. No me habéis de aquel misticismo que ha divorciado al hombre de la creacion y que ha hecho del terruño, donde debía brotar la raíz de la personalidad, el áncora de la tiranía y el título de la servidumbre. No me habéis de aquellas esculturas cuyos cuerpos rígidos parecen cadáveres; de aquellas crónicas en las cuales se registran con tanta indiferencia los fenómenos mas interesantes del mundo físico, y de aquellos terrores que oían la trompeta del juicio final, resonando en las alturas, y á través del centelleo de los astros descubrian la total ruina y el desquiciamiento de la máquina celeste, y bajo las formas de la hermosura femenina el hedor de los cadáveres unidos á la fealdad de los esqueletos, y por todo residuo de este universo donde brillan y suenan en sus eclipses celeste tantos astros, un monton de cenizas disipado por el soplo de los ángeles exterminadores á quien la cólera de Dios enviaba con cometas por espadas, con sus cabelleras de fuego, con sus hálitos de muerte sobre la tierra, ennegrecida por la culpa y ni siquiera rescatada por la pasion de Jesucristo y el pródigo amor de nuestro eterno Padre. ¡Cuánto prefiero aquellas edades en que vivíamos contentos con nuestras relaciones entre el espíritu y la naturaleza; sin esa desproporcion de la forma con la idea que hoy nos acongoja; sin la tristeza interior que á todas partes llevamos; viendo en cada recodo del camino, sobre las colinas sombreadas de mirtos y en los hondos valles cubiertos de adelfas, al borde de los arroyos y á la orilla de los mares,

en el rizado de las hondas y en la sombra de los árboles, entre las nieblas que coronaban las cimas de los montes y las gotas de rocío que temblaban en los pétalos de las flores, la forma humana, dibujándose perfectamente con la hermosura propia de los dioses, la ninfa en el arroyo, la náyade en el rio, la sirena en el mar, la bacante en los ubérrimos campos, los faunos entre las hojas, los silvios en los bosques, el dios Pan con su caramillo por los oteros, componiendo un coro inmortal, como si todas las cosas tuvieran sus respectivas almas, y todas las almas exhalaran armoniosos y no aprendidos cantares en aquellas fiestas animadas por un regocijo universal!

Entonces todas las estaciones parecían bellas. ¿Cómo no había de serlo, por ejemplo, el otoño? Ya oigo murmurar á algun descontentadizo que nos empeñamos en poetizar lo feo y que preferimos la estacion de las nieblas y de las lluvias á la estacion de las flores. No ciertamente. Parécenos bellísima la primavera en que la savia hincha las yerbas, las hojillas brotan, la flor campea, las aves enamoradas cantan, los nidos penden de las ramas llenas con esperanzas de vida, el cielo se embellece por los crecimientos del día y la tierra entera se orna de sus mas bellas preseas, semejándose á la juventud y al amor, esos paraísos de la vida. Yo digo de las estaciones de la tierra lo mismo que digo de las edades del hombre. Todas tienen su belleza. Cuando estamos en la madurez de la vida, cuando nos dirigimos á la ancianidad, solemos dolernos de nuestros años, presentir próximos achaques y deplorar la juventud perdida. Pero si nos dijeran que volviéramos á comenzar nuestro camino, de seguro nos resistiríamos con resistencia invencible. No desearíamos la vuelta á los tiempos en que balbuceábamos la lengua; y no comprendíamos la vida; y nos formábamos ilusiones desmentidas luego por el tiempo; y pasábamos las enfermedades propias de la juventud del cuerpo y las pasiones propias de la juventud del alma; y nos perdíamos en sueños, ambiciones, combates, amores, juegos, esperanzas, que habían de evaporarse y desvanecerse sin dejar tras sí ningun rastro, malogrando una parte considerable de nuestro tiempo, fingiendo fantasmas tan hermosos, pero tan vanos como las pintadas y fugaces mariposas.

Si la estacion de las flores tiene su hermosura, también la tiene la estacion de los frutos. ¿Qué sería de nosotros si no pasara la naturaleza del florecimiento y de sus aromas y de sus pintados colores? Nos pareceríamos á aquellos viajeros del apólogo indio que pasaron por un campo de arroz y de trigo, y lo menospreciaron creyéndole baladí, para detenerse y pasarse ante un campo de rosas y azucenas, á fin de aguardar allí los frutos ofrecidos por tan bellas flores. El fruto es en la naturaleza como la consecuencia en lógica, como la idea concreta en metafísica. La estacion, pródiga y providencial por excelencia, es la estacion en que se siembra el grano y se cosecha